MI PRIMERA FINAL.

Era 20 de mayo, pasadas las diez de la noche, cuando aquel tiro…

Pero no debo ir tan rápido. Debemos retroceder en el tiempo para empezar esta historia. Hasta mi infancia. Yo siempre he sido muy futbolera, desde niña. Quizá sea porque mis padres y mis abuelos lo eran, quizá sea porque jugaba más con niños que con niñas, no lo sé. Lo cierto es que, al contrario que otras niñas, que jugaban con muñecas, yo jugaba al fútbol; y me encantaba. En una época en la que aún predominaba la creencia estereotipada de que el fútbol era algo de hombres, yo empecé a seguirlo asiduamente. Veía los partidos por la televisión, escuchaba los "carruseles" del fin de semana, y leía la sección de deportes de la prensa. Discutía con los niños de fútbol, y poco a poco, me di cuenta de que yo sabía más que ellos. Las estadísticas, las clasificaciones históricas, los récords, todo despertaba mi interés. En mi casa no faltaban fotos, recortes y pósters de jugadores del Madrid. Hacía dibujos del escudo de mi equipo casi por inercia. Mis amigas del instituto y de la facultad lo veían como algo extraño, pero siempre lo respetaron. Al igual que ellas pegaban fotos de actores y cantantes en su carpeta, yo lo hacía con futbolistas "blancos".

Cuando me fui a estudiar fuera, conocí a una chica con gustos similares a los míos. Ella era madridista, como yo. Devoraba prensa deportiva, como yo. Y escuchaba los programas nocturnos de deportes, como yo. Pronto conectamos. Nuestras charlas sobre fútbol eran largas, constantes, interminables. Compartíamos recuerdos, comparábamos opiniones. Nos hicimos buenas amigas. Nos escapábamos a ver partidos a los bares de la zona cercana a nuestra residencia. Estudiábamos el calendario de liga, y ahorrábamos para poder ir al ver al Real Madrid en vivo. Recuerdo la primera vez que asistí a un partido de primera división, cuando el grueso de la jornada era a las cinco de la tarde. Ese domingo, después de comer, cogimos el autobús urbano, con la bufanda del Madrid al cuello, y nos dirigimos al estadio. Disfrutamos aquella experiencia con total intensidad: cada cántico, cada jugada, cada gol, cada protesta,… El día después, en un programa de resúmenes de los partidos de la jornada, que nunca nos perdíamos, aparecimos rodeadas de aficionados, cantando y botando. Fue inolvidable para

ambas. Y lo repetimos cada año, mientras estuvimos allí. Así pasamos cuatro maravillosos años.

En nuestro último año de carrera, asistimos a la conquista de Europa por parte del equipo de Heynckes. Aquel año, la competición doméstica fue bastante pobre, tras ganar la liga el año anterior con Capello, y en la Copa nos eliminó el Alavés, de 2ª. La Supercopa, ganada brillantemente al Barça, dibujaba un pobre palmarés para esa temporada. Por eso, la Champions la vivíamos de forma especial, con ilusión, porque nosotras no habíamos vivido nunca una carrera por Europa tan plena de éxitos. En nuestra memoria apenas se esbozaban los recuerdos de las dos "Uefas" de los ochenta. Fuimos avanzando rondas. En la fase de grupos quedamos los primeros. Conseguimos tres victorias por goleada en el Bernabéu ante Rosenborg, Oporto y Olympiakos. En Oporto ganamos holgadamente, empatamos sin goles en Grecia, y el Rosenborg, en Noruega, nos dio un correctivo. Borussia, Manchester, Juventus, Bayern, Mónaco, Bayer y Dinamo de Kiev, que había dejado al Barcelona último de su grupo, eran los rivales en cuartos de final. (Aún no se había instaurado el formato actual de ocho grupos de cuatro equipos, ya que sólo competían 24). En los cuartos nos deshicimos del Bayer Leverkusen, y en semifinales, del Borussia de Dortmund, hasta llegar a la gran final con la Juventus.

El día de la final amaneció soleado. La primavera ya estaba avanzada, y al sol no le gustaba salir. Fuimos a clase, como cualquier día, pero los nervios estaban latentes. A la comida le costaba entrar en el estómago más que nunca, porque las mariposas que contenía no paraban de revolotear. Yo estudiaba en la biblioteca, porque el final de curso de acercaba, pero no podía concentrarme plenamente. ¿Cómo iba a estudiar si mi equipo iba a intentar ganar esa misma noche su primera Copa de Europa en color?

Aquel día, entre clase y clase, estuve charlando un rato con mi compañero de clase. Era un gran aficionado al fútbol y seguidor de la Juventus de toda la vida. Llevaba su camiseta a rayas blanquinegras con orgullo y optimismo. Pero yo no lo consideraba provocador. Siempre nos llevamos muy bien porque en nuestras diferencias futbolísticas estaba presente el respeto a la opinión del otro. Incluso cuando él iba vestido con la

elástica “azzurra” en los días en que España tenía partido de Eurocopa o de Mundial, admitía correctamente que yo defendiera a la roja por encima de cualquier otra selección, por mucho que me gustaran algunos de sus integrantes. Y es que él era así de especial. Un “special one” auténtico.

Y las horas pasaron. Y llegó el momento. Mi amiga y yo habíamos quedado a las ocho y media para ver el partido. Todo estaba preparado: la cena, la bolsa de chuches, la bufanda al cuello, la camiseta de Teka,… y en mi bolsillo trasero de los vaqueros la estampa de la Virgen del Carmen, que toda ayuda era poca para ganar a la “Vecchia Signora”.

Los jugadores saltaron al césped del Ámsterdam Arena, aparentemente tranquilos, aunque supongo que la procesión iría por dentro. El himno de la Champions siempre suena bien, porque es una música muy bonita, pero aquel día imponía, hacía temblar, no sé si de miedo o de emoción.

El Real Madrid formó inicialmente con su equipo de gala: Illgner, Panucci, Hierro, Sanchís, Roberto Carlos, Karembeu, Seedorf, Redondo, Raúl, Morientes y Mijatovic. Después, entrarían Amavisca, Jaime y Suker por estos tres últimos.

Los primeros diez minutos fueron algo caóticos para el Madrid, los nervios habían aparecido. Roberto Carlos no era suficiente oposición para que Zidane campara a sus anchas por la banda. La sinfonía que tocaban “Zizou” y Deschamps sonaba perfectamente, sin notas discordantes, hasta que el oficio de Redondo la tapó, sobre todo durante la última media hora. Hierro hacía que Del Piero, el gran Alessandro, pareciera un jugador mediocre en algunos momentos del partido. Raúl y Mijatovic, con el freno echado en los primeros minutos, se atrevieron a jugar como ellos dos sabían conforme avanzaba el reloj. En la primera parte, la Juventus parecía un equipo más pequeño. Cualitativamente, el Madrid era superior, pero no acababa de creérselo, y un equipo italiano nunca se rinde.

En la segunda mitad, Heynckes hizo algunos movimientos tácticos. Mijatovic cambió de banda, y la fiera despertó. Fueron minutos de claro dominio blanco. Pero la presa no era fácil de cazar. Lippi reaccionó metiendo a

Tacchinardi en el campo para combatir las llegadas del montenegrino. A partir de ese momento, el equipo italiano empezó a golpear, a dar los últimos coletazos antes de entregarse. Fue sobresaliente la actuación, en estos últimos minutos, de Illgner. Su veteranía, su madurez plena lo acompañaron. Pero una genialidad del 8 del Madrid lo iba a cambiar todo… Aprovechó uno de los pocos errores defensivos de la Juventus, y tras hacerse con un balón en el área y engañar a Peruzzi nos llevó al éxtasis futbolístico.

Era 20 de mayo, pasadas las diez de la noche, cuando aquel tiro de Mijatovic lo chutamos entre todos los aficionados merengues. Los que estaban en Ámsterdam, los que lo veíamos por televisión, los que lo escuchaban por la radio,… Dicen que el fútbol es para listos, y él fue el más listo de la clase. ¿Estaba en fuera de juego? Quizá. Tantos años después, con tantas tomas, y no nos hemos puesto de acuerdo. Pero da igual. Fue un momento de explosión, de alegría infinita, pero contenida, porque aún quedaban 24 minutos. Jamás he vivido 24 minutos tan largos, tan lentos. Es curioso el devenir del tiempo en el fútbol. Si ganas por escaso margen, parece que no corre; si ganas por amplio margen, parece que vuela.

Pero todo llega a su fin. Incluso una final de Champions que llevas semanas esperando. El colegiado alemán pitaba el final a eso de las diez y media. Ahora la alegría ya no podía contenerse. Los nervios se iban mientras mi cuerpo temblaba. Mi amiga y yo nos abrazamos, saltamos del sofá, reímos, lloramos, cantamos "Campeones, campeones",… Fue un momento indescriptible, y dieciséis años después, lo recuerdo como si fuera ayer. Ambas corrimos al teléfono para llamar a nuestra casa. Esta dicha necesitaba ser compartida con los seres queridos, con nuestras madres especialmente. Y después, a seguir el post-partido, la fiesta. Lo seguíamos en la tele, pero con los auriculares del walkman en las orejas, para no perdernos ni un detalle de la celebración: Sanchís levantando la "orejona", Raúl toreando con su capote,…

He vivido dos finales más, con dos victorias. Sólo un par de años después, el Madrid ganó la octava. Lo celebré a lo grande, con la energía de mis veinte años. Incluso me bañé con mis amigos en una fuente. Y otros dos años después, como si se cumpliera la maldición de los años impares, disfruté

de la final de Glasgow y de la supervolea de Zidane con mis amigas. La novena estaba en casa. Y cuando llegue la décima, que llegará más pronto que tarde, lo volveré a disfrutar enormemente. Sin embargo, la séptima siempre será especial, porque la primera vez nunca se olvida. Y aquel 20 de mayo de 1.998 marcó mi vida.